hasta el fin! La vida es corta, la muerte no tarda, los trabajos se acaban, la recompensa es muy grande; vuestra Madre, que tanto os ama, os espera en los cielos!

Voz de las hijas.

¡Oh Madre! ¡Madre! ¡Madre del alma y Madre muy amada! ayúdanos y obedeceremos tus preceptos. Ahora solo te diremos como la Iglesia: María, Madre de gracia, dulce Madre de la clemencia, protéjenos tú del enemigo, y en la hora de muerte recíbenos en tus manos maternales. Amén.

CAPITULO V

Convite al huerto.—Dormir velando.—Toca el Esposo lá puerta.—La túnica y los pies.—El pestillo que estremece.—Abrir sin encontrar.—Los guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza.—Sus labios.—Sus mejillas.—Sus manos, su pecho y sus piernas —Su garganta.—¿Dónde está para buscarlo?—Voz de María.

VERSO I.

Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus mananos. Vine á mi huerto, hermana mía, Esposa; he segado mi mirra con mis aromas: he comido panal con mi miel, he bebido mi vino con mi leche: comed, amigos, y bebed y embriagaos los muy amados.

Natural parecía que oyendo la Esposa alabar tanto su huerto, convidase al Es-

poso para que viniese á verlo y á gozarlo; y por eso le dice: «Venga mi Amado á su huerto»; y él le responde, que vendrá y traerá á sus amigos á recrearse, ofreciéndoles un convite campestre con lo que se encuentra allí mismo: miel y leche y vino. Y aunque dice en tiempo pasado: «vine, y comí y bebí»; pero en la santa Escritura se pone muchas veses el pasado por el futuro, y quiere decir: vendré, comeré y beberé; ó por lo menos significa haber venido ya en otras ocasiones, pero que volverá de nuevo con sus amigos. Por supuesto, el huerto á que la Esposa le convida es Ella misma, á quien el Esposo ha comparado con un jardín muy hermoso y deleitable.

Dejando, pues, otros sentidos, como el del alma que llama á Cristo en la Eucaristía, ya como médico de sus llagas, ya como jardinero de su alma, ya como Esposo á su casa y morada, sólo digamos de nuestra muy amada Madre: Ella, pues, invitó al divino Verbo, al principiar la primavera, á que viniese á su huerto, esto es, la carne que él mismo había preparado y organizado, asumiéndola consigo, y ofreciéndose en ella á Dios su Padre en holocausto para la redención del mundo. Así lo explica San Atanasio, pues Jesucristo, luego que se unió la carne en el seno de María, es decir, en el instante en que fué concebido, se ofreció al Eterno Padre como víctima expiatoria por todos los hombres.

En segundo lugar, la Bienaventurada Virgen invita al Señor al huerto de su alma, para que allí se deleite y apaciente con su angélica pureza, con su humildad querúbica, con su seráfica caridad y demás virtudes que El mismo ha plantado, como ya lo dijo por San Juan. «Mi comida es hacer la voluntad de Aquél que me envió para perfeccionar su obra» (Juan. IV. 34); pues la voluntnd del Padre que le envió, es la salud, virtud y perfección de la santísima Virgen y de todos los hombres. En tercer lugar, María, la nueva, Eva, invita á Jesucristo al huerto de delicias de su purísimo Corazón, así como la primera Eva invitó á Adán á comer del fruto que no era suyo, sino ageno; esto es, del fruto prohibido, cuya comida causó tantas ruinas. Dice San

Ambrosio, que la virginidad es una hermosísima manzana que deleita al Señor; la mirra y los aromas son los dolores y las oraciones de nuestra Señora, que el Señor las segó porque todas fueron para él; el panal con la miel, es su amor con su celo; el vino con la leche, es su generosidad con su dulzura; y de ello convida Cristo á comer á sus amigos y á beber hasta saciarse, porque invita á las almas de los justos á meditar y rumiar, y á imitar, sobre todo, las virtudes de su santísima Madre. Y si á todos convida á este virginal banquete, ¿cómo no invitará muy especialmente á las hijas de su madre, que miran á este Huerto como suyo, y profesan con especialidad imitar su pureza y copiar en sí todas sus virtudes?

Mas he aquí que entretanto la Esposa coge el sueño, y oyendo hablar á su Amado que toca á sus puertas, se explica así:

VERSO 2.

Yo duermo y mi corazón vela:
la voz de mi Amado que toca: Abreme,
hermana mía, amiga mía,
paloma mía, inmaculada mía, porque
mi cabeza llena está de rocío,
y mis guedejas de las gotas de las noches.

Duerme ligeramente la Esposa, pero *su corazón*, lleno de amor, estaba en vela; quiere decir, que mientras ella duerme, Jesús, á quién llama *corazón suyo*, vela por Ella para guardarla y defenderla; pues suelen los que se aman llamarse el uno al otro, corazón mío ó vida mía, ó alma mía; y por aquí podremos ver cuán unida está el alma con su Dios, y con cuánta seguridad descansa y se duerme arrullada en sus brazos amorosos, como se duerme el niño en los de su madre, que le sostienen. Mas también se entiende esta palabra del corazón de la misma Esposa, que dice después del banquete: «Aunque me puse á dormir, pero mi corazón, esto

es, mi mente y mi imaginación vigilaban, porque siempre mi pensamiento y mi afecto no se separaban de mi Esposo en el cual soñaba.» El alma duerme y el corazón vigila, cuando libre de los deseos y cuidados del siglo, se entrega toda al Señor, y á su amor y á su culto. Así, dice San Ambrosio: «Duerma tu carne, mas vigile tu fe: duerman las delicias del cuerpo, mas vigile la prudencia del corazón; que tus miembros respiren el olor de Cristo y de su sepultura, para que el sueño no les cause daño alguno.»

En cuanto á nuestra Inmaculada Madre, dormía y vigilaba, cuando libre de los cuidados temporales, toda estaba en las cosas del cielo; dormía y estaba en vela, porque de tal modo meditaba en el día, y amaba y contemplaba que en su breve sueño repetía sus encendidos y amorosos afectos; dormía y estaba en vela, porque por un don singular de Dios, aunque adormecidos en el sueño sus sentidos, conservaba libre y vigilante su mente para poder producir actos libres, y prorrumpir en ardientes suspiros y palabras de gratitud y de amor, lo cual sólo á Ella le compete, y á ninguno de los santos; y he aquí cómo lo explica San Bernardino de Sena: «El sueño que abisma y sepulta en nosotros los actos de la razón y del libre albedrío, no obraba asi en la Virgen santísima; antes su alma durante el sueño, libremente tendía hacia Dios con actos meritorios: de suerte que entonces era más perfecta y contemplativa, que jamás lo haya sido santo alguno orando despierto.» Y lo mismo lo explican otros santos y lo prueba el devotísimo Suárez.

Como estaba oyendo, pues, durante el sueño, dice: «La voz de mi Amado que toca»; y luego repite las palabras que le oyó, dándole cuatro títulos de mucho amor: «Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía: *hermana* como hija de Adán lo mismo que, yo; *amiga*, por la íntima familiaridad que nos une; paloma, por su pureza, simplicidad y modestia; inmaculada, porque mancha alguna no hay en Ella; hermana, por la creación; amiga, por la redención; paloma, por la recepción del Espíritu Santo, inmaculada desde el primer ins-

tante de su Concepción. Hermana por la fe; amiga por la esperanza; paloma por la caridad; inmaculada por la perpetua virginidad.

Mas ¿por qué le dice ábreme? El melífluo San Bernardo nos responde: que aquí se tocó la puerta de la voluntad de nuestra Señora para pedir su consentimiento al anuncio del Arcángel Gabriel. «Abre, pues, oh Virgen Bienaventurada, le dice el santo: abre tu corazón á la fe; abre tus labios á la confesión; abre tus entrañas al Creador; mira que el deseado de las naciones, está tocando tu puerta por defuera. No tardes, pues; levántate, date prisa, y ábrele: levántate por la fe; date prisa por la devoción; ábrele con el *sí* de tu boca».

Añade el Esposo un motivo para que se le abra luego: «porque mi cabeza está llena de rocío, y los bucles de mis cabellos de las gotas de las noches».

Como acá en los mundanos amores, suele el amante acudir á las puertas de la amada, y pasar allí largas horas sufriendo la intemperie, así acá, en el amor santo y espiritual, se figura que pasa una

cosa semejante; y por eso pide el Esposo á su Esposa que le abra las puertas, porque su cabeza está empapada de rocío, y los bucles naturales de su hermosa cabellera, mojados por el relente ósereno de la noche. Porque es de saber, que en la Palestina, en vez de lluvias cae un menudo rocío, y el frío de la noche condensa la humedad del aire hasta convertirla en tenues gotas. Esto en cuanto á la corteza del sentido literal; mas si queremos penetrar á los sentidos místicos, los santos nos enseñan que la cabeza de Cristo significa aquí su divinidad, y sus cabellos en densos bucles ó caireles, significan su humanidad; y que el Salvador se queja en estas palabras, de que se ha enfriado la caridad entre los hombres, y que de ese frío provienen los pecados, que como gotas de las noches de las conciencias tenebrosas, ofenden su divinidad, y como que manchan y humedecen su cabeza; porque, «la noche, dice San Agustin, es la iniquidad; y el rocío y las gotas de la noche son los pecadores que caen y se enfrían, y llevan el frío á la cabeza de Cristo, esto es, hacen que Dios

no sea amado, pues la cabeza de Cristo es Dios, como dice el Apóstol.» Jesucristo, pues, perseguido en el mundo por los pecadores, se queja con las almas sus esposas, para que viéndole desechado y como arrojado de los corazones, le abran las puertas del suyo, como para guarecerse de la tempestad que cae sobre su sacratísima cabeza. Así se ha quejado á muchas santas vírgenes, mostrándoseles en algún paso de su Pasión, varias veces con su cruz á cuestas, quejándose de los pecados de los hombres, y pidiéndoles la entrada en su corazón y el calor de su amor. ¡Hermosa consideración para las almas entregadas al Señor y para sus Esposas que viven en los monasterios, pues á ellas acude el divino Jesús, perseguido por el mundo, y los herejes, y los gobiernos, y los incrédulos é impíos, que niegan su divinidad; y pide que le abran las puertas de esas casas, y más las de los corazones para esconderse allí y defenderse de las persecuciones y ataques de sus enemigos! Y si con estas almas buenas se queja, ¿cómo no lo haría con su santísima Madre? A Ella llevaba

su hijo Jesús sus más sentidas quejas; y si en las otras almas el responder: «me he quitado la túnica y he lavado mis pies, ¿cómo mancharlos y volver á vestirme?» es una tibieza, en la santísima Virgen, quiere decir, como explica Ruperto: «Yo me he despojado de un modo singular de mi túnica, porque todas las cosas las he dejado por mi Dios, y mis intenciones rectas y cándidas, son como mis pies lavados por el Espíritu Santo: ¿Cómo volveré, pues, á tomar lo que he dejado? ¿cómo inclinaré mis ojos y mis pensamientos á nada de la tierra?

VERSO 3.

Despojéme de mi túnica;
¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies;
¿cómo los ensuciaré?

Acabamos de decir de qué manera pueden explicarse estos palabras de nuestra muy amada Madre. En cuanto al alma, despojarse de la túnica, es desnu-

darse del hombre viejo, como dice el Apóstol, para revestirse del nuevo; y temiendo manchar la blanca túnica en el bautismo recibida, no quiere ni pensar en la vieja de que en ese sacramento se despojó. Y añade: ¿cómo mancharé mis pies? es decir, una vez lavados los pensamientos y afectos, ya en las aguas del bautismo, ya en las de la penitencia, no quiero mancharlos de nuevo en el lodo de la mundana conversación. Así lo explica San Ambrosio en sus libros de la Virginidad. San Gregorio, San Beda y San Anselmo, lo explican de las almas entregadas á la vida contemplativa, que una vez dejadas de la pesada túnica de los negocios y ocupaciones temporales, que envuelven como un vestido, no quieren ya volver á vestirse y á tomar las mismas molestias; y lavados sus afectos con las aguas de la penitencia, rehusan volverse á mezclar en el lodo de los negocios terrenos, para no manchar los piés ya purificados.

Nada de este cieno, ni de la vieja túnica de Adán, puede temer nuestra muy amada Madre; de suerte que estas palabras no le pueden convenir sino en el sentido que apuntamos al fin del verso anterior. Sólo añadiremos, que la pregunta, ¿cómo vestiré mi túnica? ¿cómo mancharé mis pies? parece poder aplicarse á la pregunta de la Virgen Santísima al Angel en su Anunciación: «¿Cómo podrá ser esto, puesto que no conozco varón?» Dejé, por los tres votos, las cosas de la tierra, y purifiqué mis afectos entregándome toda á Dios: ¿cómo puedo pensar en ser madre y en contraer matrimonio y en vivir en medio del mundo?

Pero veamos lo que enseguida sucede:

VERSO 4.

Mi Amado metió la mano por el resquicio,
y á su toque se estremecieron
mis entrañas.

En lo literal indica, que dilatándose la Esposa en levantarse, el Esposo metió la mano por alguna rendija ó abertu-

ra, y abrió la puerta, por lo cual la Esposa se turbó y avergonzó, de suerte que su corazón se estremeció al ruido que hacía la puerta al abrirse. Y se significa también, que la Esposa sintió estremecer sus entrañas de compasión y de lástima, de las quejas de su Amado, pues así se significa en el hebreo. Y dejando la inteligencia del verso acerca de todas las almas, á quienes Dios toca por sus inspiraciones, y con la mano de su gracia abre las puertas de la voluntad de ellas, sólo diremos de la Virgen María, que el Señor puso su mano, cuando se hizo carne en las entrañas de Nuestra Señora, y que ella se estremeció de admiración, de amor y de gozo al contacto de la Divinidad con la humanidad en su purísimo seno, por lo cual un doctor la hace hablar de esta manera: «Mi Amado, el Dios á quien entre todos he escogido, metió su mano, envió al mundo á su Hijo, por el resquicio, es decir, por mí, pues queriendo venir á los hombres, he sido para él como una puerta angosta por la humildad, pero luciente por la castidad, y para él sólo dedicada; y á su toque, á

su entrada y venida á mi seno, mis entrañas se estremecieron de admiración y de pasmo. «*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*»

VERSO 5.

Me levanté para abrir á mi Amado:
mis manos destilaron mirra,
y mis dedos llenos de mirra probadísima.

VERSO 6.

Abrí á mi Amado el pestillo de mi puerta;
mas él se había desviado
y había pasado. Mi alma se derritió
luego que habló: lo busqué y no le hallé:
lo llamé y no me respondió.

Luego que siente el alma la gracia y el impulso excitante del Señor, como avergonzada de su tardanza, se levanta y comienza á trabajar. Y aunque el Esposo

había ya pasado, es claro que siempre vuelve, pues ella dice que su alma se derritió al oir su voz. La virgen María se levantó cuando llevando al Verbo en su seno, caminó por las montañas á visitar á Santa Isabel. Su Amado se desvió, cuando se le ocultó por tres días en Jerusalén, pero oyó su voz cuando le habló en medio de los doctores; sus manos destilaron mirra cuando abrazaban la cruz de donde su hijo pendía, y sus dedos estuvieron llenos de amarguísima mirra, cuando recibió en sus brazos el Cuerpo del Señor bajado de la cruz. La Madre Ana Catalina Emmerich, en sus revelaciones acerca de la Pasión del Señor, refiere cómo la Virgen María, teniendo en su regazo el cuerpo difunto del Señor, para quitarle la corona sin agrandar las heridas, iba cortando las espinas introducidas en la frente y la cabeza del Señor, sosteniéndolas con los dedos. ¿Cuál sería entonces su dolor y su amargura? ¿cómo no derramaría amargas lágrimas sobre el divino cadáver? ¿cómo no besaría con inmenso dolor aquellas espinas ya cortadas, teñidas con la sangre de su

Hijo? Entonces, pues, sus labios destilaron mirra, y sus dedos estuvieron empapados en mirra amarguísima.

Cuando el Señor resucitado le hizo la primera visita y dulcemente le habló, entonces su alma se derritió, y después de subido al cielo, le buscaba y no le hallaba, le hablaba y no obtenía respuesta; mas esto se entiende de la habla y presencia corporal de Jesucristo; pues por lo demás, contemplando, siempre le miraba, y seguía escuchando la voz con que le respondía.

VERSO 7.

Encontráronme los guardas que rondan la ciudad: Me hirieron y me llagaron: los guardas de las murallas llevároнse mi manto.

Entienden esto los doctores, de los emperadores, tiranos y herejes que despojaban á los fieles de sus bienes, libertad y aun de la vida; y por sus cismas (palabra que significa división) rompieron

su manto, aunque la Iglesia salió al fin libre de sus garras. San Jerónimo advierte á las vírgenes cristianas que no salgan de su casa para no caer en manos de los enemigos de su pudor, que les arrebaten el manto de su modesta reserva.

En cuanto á nuestra Madre y señoras, el Abad Guillermo la hace decir: «Los Escribas y Fariseos, al desgarrar con la espada de sus lenguas y tan cruelmente la fama de mi Amado, llagaron con eso mi corazón de Madre, atravesándolo con crueles heridas. Y además, en cuanto pudieron me despojaron de la estola de mi gloria y del manto de alabanza que me cubría cuando aquella mujer alabó mi vientre y mi seno: de esta gloria me desnudaron vistiéndome con un saco de confusión, é infamándome como á Madre de un perversísimo seductor; mas escapéme de sus manos, y mi divino Hijo no dejó que pasasen adelante en sus injurias contra mí.». Es esta una piadosa consideración de este doctor, y muy creíble es que los enemigos de Cristo lo hayan sido de su santísima Madre, extendiendo á ella sus baldones é improperios, por lo

menos dentro de sus perversos corazones; nada de esto, pasado en lo exterior, indica el santo Evangelio; y otros doctores piensan que no permitió el Señor fuese injuriada ni molestada la Virgen María, pues no permitió que en el Huerto fuesen tocados sus Apóstoles, no obstante haber sacado la espada San Pedro.

VERSO 8.

Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si encontráreis á mi Amado le anunciéis que languidezco de amor.

Ya hemos visto una adjuración semejante en el verso cuarto del capítulo segundo: la languidez del amor es como un desfallecimiento y desmayo, tanto en el cuerpo como en el alma, causado por la ausencia y ardiente deseo del Amado; y esta languidez es muy acepta y gratísima al Señor, y por eso la Esposa no le manda más razón que esta: «decidle que desfallezco de amor»; porque aquí se con

tienen sus afectos, todos sus deseos y todas sus esperanzas, lo que muy bien comprende el Esposo, y todo se le dice en tan breves palabras. Mas ¿quiénes son las hijas de Jerusalén encargadas de llevar ese recado? San Anselmo y San Beda piensan que son las almas más santas; el Abad Ruperto con otros, juzgan que son las menos santas y novicias; otros creen que son los ángeles y bienaventurados; San Gregorio lo entiende de todos estos juntos, pues todos dan parte á Jesucristo del amor que su Esposa le tiene. La Virgen María, nuestra Madre muy amada, languidecía de amor á Jesucristo y de celo de las almas; y así, el Abad Ruperto pone en su boca estas palabras: «¡Oh hijas de Jerusalén, verdaderas hijas de Abrahan, é hijas de David por la fe, creyendo en el Rey de la alta Jerusalén, que es hijo de David según la carne: por esta misma fe vuestra os conjuro, que si le encontrareis antes que yo (porque suelen morir antes que la maestra las discípulas), cuando fuéreis introducidas á su presencia, le anunciéis que languidezco de amor por el gran deseo

que tengo de verle, pudiendo apenas soportar las dilaciones de este destierro. Mas ¿para qué las conjura, sigue diciendo el mismo Abad, si el Amado todo lo sabe, y lo conoce, y está viendo y conociendo el amor que su Esposa le tiene, y sus ansias de verle y sus tristezas del destierro? ¿á qué mandarle, pues, recados? ¡Ay! es para que, herida, á otras hiera; y llagada, á otras llague; y para que sus hijas, viendo en su Madre tan ardientes deseos de la vida futura, comprendan la grandeza del Amado, y por él sientan el fastidio del siglo presente, y las santas ansias de verle y conocerle á las claras en el cielo.»

Y advierten los doctores, que esta languidez de que aquí se habla, no indica defecto ni retardo, sino por el contrario, supone la magnitud del amor: «No languidece el amor, quien languidece es el amante. Esta languidez es una espada que traspasa al alma que ama, por la ausencia del Amado; y no sólo al alma, más también á la carne penetra, haciéndola entristecer por el deseo del ausente Esposo.» Y si en las almas santas, así el

amor divino las hiere, ¿qué no hará en la Virgen santísima, cuyo amor al Señor excedía inmensamente al amor de todos los santos? ¡Más es para meditarlo que para decirlo!

VERSO 9.

¿Cuál es tu Amado del Amado,
oh hermosísima entre las mujeres? ¿Cuál
es tu Amado del Amado,
pues que así nos conjuraste?

VERSO 10.

Mi Amado es cándido y rubicundo
escogido entre millares.

Llámase Jesucristo Amado del Amado, porque en cuanto Dios es engendrado del Padre que dijo de Él: «Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias»; y en cuanto hombre es

Hijo de David, de quien dijo el Señor que había encontrado un varón según su corazón, y por eso era de Dios muy amado. De aquí es que tanto en cuanto Dios como en cuanto Hombre, le conviene al Salvador este dictado, y por esto se repite aquí dos veces. Los compañeros del Esposo, con admiración le preguntan á ella por las cualidades de su Esposo, conociéndola muy digna de El; y por eso la llaman hermosísima entre las mujeres, y conociendo el grande amor que le tiene, pues que tan solemnemente las ha conjurado. Ella responde al momento dando las señas de su Esposo y diciendo que su Amado es cándido y rubicundo, esto es, que es blanco y encarnado, y que lo ha escogido entre millares. Jesucristo es cándido por su purísima y esplendidísima deidad, y rubicundo por la humanidad, por la roja sangre que de Adán tomó. Además, el Señor es cándido por la pureza de su inocencia y el esplendor de su santidad, y rubicundo por la sangre que en su dolorosa Pasión derramó; cándido por su mansedumbre, y rubicundo por su justicia; cándido en su semblan-